

La voz que me enseñó a enseñar: historia de una vocación construida

Laura Francisca Mata Reyes*

Hay historias que comienzan con una fecha. La mía comienza con una voz. Una voz que, sin saberlo, ya enseñaba.

Nací el 15 de febrero de 1990 en León, Guanajuato, en una casa donde la vida no era sencilla, pero sí profundamente digna. Fui la cuarta de seis hijas, creciendo en un entorno donde compartir no era una opción, sino una forma de vida. En ese hogar, el esfuerzo tenía rostro: el de mi madre, quien sostenía con firmeza el equilibrio familiar entre el trabajo doméstico y el comercio, y el de mi padre, quien regresaba cada día con el cansancio en los hombros, pero con la convicción inquebrantable de que sus hijas tendrían oportunidades distintas.

No crecí rodeada de lujos materiales, pero sí de algo más trascendente: la certeza de que el aprendizaje era el camino para transformar la vida. En casa, estudiar no era una obligación impuesta, sino un valor profundamente arraigado. Sin darme cuenta, fui comprendiendo que el conocimiento no sólo abría puertas, sino que también dignificaba.

Desde muy pequeña comencé a manifestar una inclinación particular hacia la enseñanza. No sabía nombrarla, pero estaba ahí, insistente y clara. Jugaba a ser maestra como otras niñas jugaban a la casita. Organizaba cuadernos, asignaba tareas imaginarias y explicaba con seriedad contenidos que yo misma inventaba. Y tenía la fortuna de contar con alumnas reales: mis hermanas. Ellas fueron mi primer grupo, mi primer desafío y también mi primer espacio de aprendizaje.

Mis recuerdos del preescolar son escasos, casi difusos. Es como si esa etapa hubiera sido sólo un breve umbral antes de ingresar a un proceso más significativo. Sin embargo, mi paso por la primaria marcó profundamente mi historia. Llegué a primer grado casi sabiendo leer, gracias al acompañamiento cercano de una de mis hermanas mayores, quien con paciencia y dedicación me introdujo al mundo de las palabras.

Pero, más allá del aprendizaje académico, hay una imagen que permanece intacta en mi memoria: la de mi padre escuchándome leer. Llegaba del trabajo, se sentaba a la mesa y me pedía que leyera en voz alta mientras él comía. Aquello no era sólo un ejercicio; era un acto de reconocimiento. Era su forma de decirme, sin palabras, que lo que yo hacía tenía valor.

Fue en la primaria donde algo dentro de mí comenzó a tomar forma con mayor claridad. No fue un instante específico, sino un proceso paulatino construido a partir de la observación. Mis maestros no sólo transmitían conocimientos; enseñaban con su actitud, con su presencia y con la manera en que se relacionaban con nosotros. Había en ellos compromiso, organización y respeto, pero también cercanía y humanidad. Fue ahí donde comenzó a consolidarse en mí la idea de ser docente.

La secundaria representó mi primer encuentro con las limitaciones del sistema educativo. Fui asignada a una telesecundaria que no correspondía a las expectativas de mi papás. Preocupados, buscaron alternativas y finalmente lograron inscribirme en una institución particular que implicó un cambio importante en mi formación.

El inicio no fue sencillo. La carga académica y las actividades adicionales me parecían exigentes. Sin embargo, con el tiempo aprendí a adaptarme y a encontrar sentido en cada espacio. Participé en actividades culturales, en la banda de guerra y en el club de historia. Fue también en esta etapa donde descubrí una nueva área de interés: la contabilidad.

Los números comenzaron a tener significado para mí. Mientras para muchos representaban dificultad, para mí eran orden, lógica y estructura. Me gustaba resolver, organizar y comprender. Incluso dedicaba tiempo extra para ayudar a mis compañeros, explicándoles aquello que a mí me resultaba natural. De alguna manera, la enseñanza seguía presente, incluso en contextos distintos.

Este interés se vio fortalecido por la influencia de una de mis hermanas, quien se desempeñaba como contadora pública. A su lado, conocí el mundo administrativo desde una perspectiva práctica: inventarios, nóminas y registros. Estas experiencias ampliaron mi visión

y generaron en mí una dualidad importante: por un lado, la docencia como vocación y, por otro, la contabilidad como una posibilidad profesional concreta.

La preparatoria profundizó esta tensión. Aunque aspiraba ingresar a una institución orientada a las humanidades, fui aceptada en un Centro de Estudios Tecnológicos. Lejos de ser un obstáculo, esta etapa resultó altamente significativa. Ahí construí amistades duraderas, asumí responsabilidades importantes y desarrollé habilidades administrativas. Fui tesorera de la generación, trabajé como auxiliar contable y comencé a experimentar lo que implicaba tener responsabilidades reales a una edad temprana.

Sin embargo, la indecisión persistía. A pesar de mis logros en el ámbito administrativo, había algo en mí que no terminaba de resolverse.

Entonces, la vida cambió de manera abrupta. A un mes de concluir la preparatoria, mi padre enfermó gravemente. Permaneció en coma durante quince días. Quince días marcados por la incertidumbre, el miedo y la esperanza suspendida. Y después, el silencio definitivo. Su fallecimiento representó una ruptura profunda. No sólo fue la pérdida de una figura fundamental, sino también el inicio de una etapa de mayor complejidad en mi vida. En ese momento no comprendía del todo lo que significaba, pero con el tiempo entendí el impacto que tendría en mis decisiones y en mi forma de enfrentar la vida. En medio del duelo, tuve que tomar una decisión. Dos caminos estaban frente a mí: la contabilidad o la docencia. Y elegí. Elegí ingresar a la Escuela Normal Oficial de León. No porque fuera el camino más sencillo, sino porque, incluso en medio del dolor, había una certeza que no desaparecía: mi vocación.

Mi paso por la Escuela Normal estuvo marcado por múltiples desafíos. A diferencia de la mayoría de mis compañeras, tuve que trabajar para poder sostener mis estudios. Conseguí empleo en una empresa de productos químicos, desempeñándome como auxiliar de ventas. Las jornadas eran largas, el cansancio constante, pero la motivación de estar formándome como docente me sostenía.

Un momento clave en mi trayectoria ocurrió cuando tuve la oportunidad de estar frente a grupo por primera vez. Cubrí a una de

mis hermanas en un grupo de sexto grado. Recuerdo con claridad el nerviosismo inicial, la inseguridad y el miedo a no estar a la altura. Sin embargo, esa experiencia se transformó rápidamente en una confirmación: ahí pertenecía. Descubrí que enseñar no sólo era algo que deseaba, sino algo que podía hacer. A partir de entonces, las oportunidades comenzaron a presentarse. Trabajé como suplente y posteriormente como docente frente a grupo. Mi vida se convirtió en un equilibrio constante entre el trabajo, las prácticas profesionales y la formación académica. Hubo momentos de agotamiento, pero también de profunda satisfacción.

En el año 2011 concluí mi formación profesional, dando inicio a una nueva etapa. Sin embargo, el camino hacia la estabilidad laboral no fue inmediato. El proceso para ingresar al sistema educativo implicó diversos intentos, interrupciones y desafíos.

Durante varios años trabajé en instituciones educativas particulares, donde adquirí experiencia, fortalecí mis habilidades pedagógicas y consolidé mi identidad como docente. No obstante, con el tiempo comencé a percibir tensiones entre mi concepción de la enseñanza y las dinámicas institucionales, que en ocasiones resultaban rígidas y poco acordes con una práctica educativa más humana y reflexiva.

Mi vida personal también atravesó cambios significativos. En 2015 contraí matrimonio y, en 2018, me convertí en madre. Estos acontecimientos transformaron profundamente mis prioridades y reforzaron mi deseo de buscar mejores condiciones laborales y mayor estabilidad.

Decidí entonces retomar con mayor determinación el objetivo de obtener una plaza en el sistema educativo público. La oportunidad llegó en San Luis de la Paz. Aceptar esa vacante temporal implicó enfrentar múltiples desafíos: la distancia, la separación familiar y la incertidumbre. Sin embargo, también representó una experiencia profundamente enriquecedora. En ese contexto, volví a conectar con el sentido de mi labor docente.

Posteriormente, la pandemia por COVID-19 transformó radicalmente las condiciones de enseñanza. La educación a distancia, especialmente en contextos con limitaciones tecnológicas, exigió crea-

tividad, compromiso y resiliencia. Fue una etapa que reafirmó en mí la convicción de que la docencia no depende exclusivamente de un espacio físico, sino de la capacidad de acompañar, orientar y sostener a los estudiantes, incluso en condiciones adversas.

Después de múltiples intentos, procesos complejos y momentos de incertidumbre, regrese a estudiar para especializarme en el nivel primaria y al estar cursando el posgrado, finalmente logré obtener mi plaza docente en preescolar. Más adelante, continué participando en los procesos de admisión, lo que me permitió acceder también a una plaza en el nivel primaria.

Al mirar en retrospectiva, comprendo que mi trayectoria no ha sido lineal. Ha estado marcada por decisiones difíciles, pérdidas, aprendizajes y constantes reconstrucciones. Cada etapa ha contribuido a la construcción de mi identidad profesional.

Por ello, afirmar que me hice docente implica reconocer un proceso largo, complejo y profundamente humano. No fue una decisión aislada, sino el resultado de una historia de vida en la que la enseñanza estuvo presente desde el inicio.

La docencia no fue sólo una elección. Fue un camino que se fue revelando en cada juego de infancia, en cada lectura compartida, en cada explicación ofrecida y en cada dificultad superada.

Por eso me hice docente. Porque enseñar, para mí, no es únicamente una profesión. Es una forma de comprender el mundo, de habitarlo y de transformarlo.

*Licenciada en Educación Preescolar. Docente en la Escuela Primaria “Centenario de la Constitución de 1917” C.C.T. 11DPR3515U y en el Jardín de Niños “Vicente Riva Palacio” C.T.T.11DJN0598I.
f_matar@bcenog.edu.mx

